

LA CATALUÑA "PROLETARIA", AL BORDÉ DEL MARXISMO

MANUEL CAMPO VIDAL

En esta Cataluña "que vuelve a estar de moda" —según frase al uso coyuntural en las esferas gubernamentales— se detecta, sin necesidad de aparatos auxiliares de demasiada precisión, un fuerte repliegue de la derecha sobre sí misma. Como si del resultado de las elecciones al Parlamento catalán, a celebrar en nueve semanas, dependiese una hecatombe mundial, algunas organizaciones patronales postulan entre el empresariado la necesidad de una vigorosa reacción para evitar un presidente de la Generalitat del área del marxismo: el Fomento del Trabajo —histórica patronal catalana— puede andar ya por los quinientos millones de colecta para apoyar las candidaturas de la derecha.

El presidente de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación advierte que un Gobierno de unidad favorecería a los comunistas. El Banco Hispano Americano prescinde en Madrid del director de su servicio de estudios, Eduardo Punset, y se lo cede a la UCD catalana para que sea nombrado consejero de Economía y Finanzas de la Generalitat en sustitución del disidente Folchí. El democristiano Antón Cañellas pasa a presidir el partido Centristes de Catalunya-UCD, sin que las presiones de la DC alemana sean ajenas a esa opción. El pequeño partido de Güell de Sentmenat, que a su vez lo es en cierto modo de Carlos Ferrer Salat, se resiste a ser presidido por Cañellas, pero se apresura a asegurar que no hará nada, sino todo lo contrario, por entorpecer cualquier alternativa al socialismo. Jordi Pujol exige que todos sus colaboradores sospechosos de veleidades izquierdistas pasadas —léase Roca Junyent— hagan declaraciones que desborden al trilateralista Ramón Trías Fargas por la derecha para así tratar de recolectar votos entre los abstencionistas e incluso en los sembrados ucadistas y de Coalición Democrática.

Aunque nadie crea la fantástica historia sobre una "Operación Tibidabo" para convertir Cataluña en un "Estado marxista piloto que sirva de ejemplo a los jóvenes países de África e Hispanoamérica", como se ha atrevido a delirar a primera página el ahora ultra "Diario de Barcelona", la movilización de las fuerzas empresariales y de la derecha adquiere signos de una alarma desesperada.

El Gobierno de la UCD ha frenado desde hace algunos meses las transferencias del Estado a la Generalitat de Cataluña probablemente a la espera de los resultados electorales. Si gana la izquierda y la presidencia recae en Joan Reventós o el senador Josep Benet, Cataluña será en Europa Occidental el único país con comunistas en el Gobierno. Aunque la UCD trate con el frenazo a las transferencias de que, en el peor de los casos, sea ese un Gobierno sin apenas poderes, la experiencia será, de todos modos, digna de atención. Y de ahí que los órganos de información europeos comiencen a girar sus antenas hacia Cataluña.

El ocaso de la vieja imagen catalana

Pero, ¿qué es Cataluña? Para la mayoría consiste en un pequeño país de seis millones de habitantes en el que predomina la pequeña burguesía y rezuma por todas partes su carácter folklórico y menestral. Algunos partidos, como la histórica Esquerra Republicana, mantienen fijo ese viejo cliché y después no logran explicarse sus menguados resultados electorales. Y es que la realidad es bien otra. Cataluña, particularmente las áreas de Barcelona y Tarragona, es la isla "proletaria" más importante de España y probablemente de Europa. De una población activa elevada —el 42,7 por 100—, según datos de 1975, ocupa en la industria el



Los catalanes Pujol y Cañellas con Abril Martorell, de espaldas, en el Congreso de los Diputados.

52 por 100, mientras que la media española es del 37. Entre tanto, ocupa sólo el 8 por ciento de su población activa en la agricultura, mientras que la media española es del 23. Ni en la periferia de París, ni en la cuenca del Rhur, el carácter "proletario" de la población es más acentuado que en Cataluña.

A esa condición de concentración obrera extraordinaria añade la Cataluña moderna el estar edificada sobre un enorme déficit de infraestructuras y equipamientos, a consecuencia de un notable abandono de la inversión pública. Si en el período 1968-1976, la inversión pública supuso en España sólo un porcentaje situado entre el 4 y el 5 por 100 del producto interior bruto, la inversión pública en Cataluña para el mismo período no superó el 2,5 por 100 del PIB.

Pero desde 1975, esa falta de inversión pública no ha hecho más que acentuarse. Como acaba de denunciar la Federación de Entidades Empresariales de la Construcción, el Instituto Nacional de la Vivienda tenía previsto en 1979 iniciar 21.953 viviendas de promoción directa en toda España, de las cuales 15.700 se localizaban en Madrid y únicamente 302 en Barcelona, con la consiguiente re-

percusión para el nivel de paro y de condiciones sociales de acceso a la vivienda. Frente a toda creencia de especial atención de la Administración hacia unas regiones u otras, a veces degenerada en demagogia interesada, hay que conocer que la contribución de Cataluña al producto interior bruto español ha sido del 20 por 100, mientras recibía entre un 11 y un 12 por 100 del total de la inversión pública. O que teniendo su población un peso próximo al 16 por 100 del total español, recibía Cataluña sólo un 11 por 100 de la inversión en el capítulo de seguridad social, sanidad y asistencia social, o sólo un 12 por 100 de la inversión total del Estado en materia de educación.

De ahí que las carreteras catalanas se llenasen de familias airadas a principios de curso, cuando el ministro Otero Novas recortaba todavía más el presupuesto de la EGB y centenares de aulas quedaban sin maestros. De ahí que la falta de inversión pública favorezca las tensiones sociales fuera del ámbito laboral y que ello, unido a ese carácter "proletario" de Cataluña, la conviertan en la mejor reserva de votos para los grupos parlamentarios socialistas y comunistas. ■ Foto: RAMON RODRIGUEZ.